

## ENGAÑO Y DESENGAÑO DE LA HISTORIOGRAFIA ACTUAL

---

POSIBLEMENTE TODO HISTORIADOR CONTEMPORÁNEO ha sentido, más de una vez, que, junto a la seducción del pasado que estimula su afán de investigador y entre las múltiples tareas con las que logra satisfacer efectivamente su vocación, se abre paso y llega talvez a imponerse en su espíritu una preocupación por la Historia, por la Historia como tal, con todo lo que ella presupone acerca de su origen y meta, acerca del hombre y la cultura.

Sin duda que esta última preocupación corresponde a un círculo más amplio que el de los *historiadores profesionales*, ya que aclarar el sentido de una época, de un país, de una civilización o de la humanidad parece ser tarea capaz de interesar a cualquiera. Pero justamente deberá aceptarse que, para intentar esta empresa de vastas proporciones, el historiador es quien está en mejores condiciones, gracias a su especial preparación que lo acostumbra a transitar por el tiempo, instaurando presentes en cualquier momento del pasado, a partir de los cuales configura una situación equiparable a la cotidiana.

En estas líneas no queremos referirnos al futuro de la Historia —no pretendemos hacer de profetas, menos en este tiempo en que sobran— sino a la tarea que entrevemos como propia del historiador que ha de enfrentarse con el futuro y a quien se le pedirá una palabra que debería ser iluminadora para que la Historia no sea un precipitado avanzar sino una consciente edificación; se trata también de apuntar algunas condiciones que nos parecen indispensables para tal historiador, de acuerdo a su irrenunciable misión de educador de la Humanidad en humanidad.

Presente en nuestro corazón —¿qué otra cosa es el verdadero recuerdo?— ha estado, al redactar estas líneas introductorias, la imagen de Jaime Eyzaguirre, historiador del pasado, pero modelo de historiador del futuro; educador en humanidad, que, por lo mismo, sentimos y seguiremos sintiendo tan junto a nosotros, a medida que este futuro

—nuestro porvenir— se vaya haciendo plenamente histórico al pasar por nuestras manos.

Queda dicho que se trata de señalar una tarea a un historiador, que parece no ser otro que nosotros mismos. Pero, ¿hay acaso otra tarea que no sea aquella, clásica, de devolver la vida, gracias a la investigación y capacidad recreadora, a los personajes, situaciones, ideas e ideales del pasado? En tanto cuanto participamos de una concepción historiográfica que obtuvo sus principales ingredientes en el pensamiento secular de los siglos XVIII y XIX, afirmamos que tal tarea significa una desiderátum bastante difícil de alcanzar y amenazado por diversos flancos. Efectivamente, devolver a la vida es algo que cada vez parece más remoto cuando se tiene presente la actividad historiográfica generada a partir del pensamiento predominante en esos siglos y hasta hoy ampliamente aceptada.

La garantía de seriedad que distingue a las publicaciones más representativas de la historiografía contemporánea, reside en la aplicación de un método histórico inobjetable por totalmente objetivo. Es la búsqueda extenuante de material y su crítica severa, la que permite que emerja un jalón puro del pasado; en una palabra, que se disponga de elementos adecuados para construir una historia sin leyendas, sin fantasías, sin errores, sin distorsiones; a la larga, también sin misterios, sin gracia... como puede pasar con la historia de la santidad, a cargo de beatos de la historia.

En manos de hombres de selección, la formación metodológica *ad hoc* también puede conducir a la historia: pero pensar que la adquisición de una metodología —entendida, poco más o menos, como un instrumental y la capacitación para su uso— es lo fundamental para la formación de un historiador y para la calidad de su obra, significa reducir lamentablemente el ser del historiador a un desabrido tecnicismo. Eduard Meyer, el famoso autor de la *Historia de la Antigüedad*, denunció magistralmente esta falacia al escribir en un estudio *Sobre la teoría y metodología de la historia*, que data de comienzos de siglo, que “puede iniciarse al discípulo en el manejo externo de la técnica; pero lo fundamental, que es la captación interior de la materia, el conocimiento del problema histórico y el descubrimiento de su solución, eso tiene que ponerlo el propio investigador, como su propia obra... lo que no puede enseñarse a nadie es como se hace una obra histórica”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Meyer, Eduard, *El historiador y la Historia antigua*. México, 1955, 3.

La acentuación del valor de la metodología, que se vio respaldada por el predominio intelectual que conquistaron las ciencias exactas y de la naturaleza en el siglo XIX, encuentra igualmente otra expresión amplia y bastante irreflexivamente aceptada por los historiadores: nos referimos al prestigio e imperio de la especialización. Baste recordar aquella evocadora página con la cual Toynbee inicia su *Estudio de la Historia*: "Cuando yo era niño solía pasar algunas temporadas en casa de un distinguido profesor de una de las ciencias de la naturaleza. Había allí un estudio cubierto de bibliotecas, y recuerdo bien la forma en que fueron cambiando sus libros entre visita y visita. Cuando conocí la habitación, muchos de los estantes contenían literatura general, obras científicas generales y trabajos generales sobre la rama de la ciencia en que mi huésped era especialista. A medida que los años pasaron, esos estantes fueron invadidos, uno tras otro, por el avance incansable de media docena de publicaciones periódicas especializadas —volúmenes delgados de fea encuadernación, cada uno con muchas monografías debidas a diferentes manos—. Esos tomos no eran libros en el sentido literal de la palabra, ya que no había unidad en su contenido, y, en verdad, ninguna relación entre una y otra monografía, fuera del muy débil vínculo de tener todas algo que ver con la mencionada rama de la ciencia. Los libros retrocedían a medida que las revistas avanzaban. Los redescubría después en el desván, donde los *Poems* de Shelley y *The Origin of Species*, arrojados a un destierro común, compartían allí estantes más tocados con microbios conservados en gelatina en frascos *ad hoc*. En cada visita me parecía el estudio un aposento menos agradable a la vista y para la vida en él" <sup>2</sup>.

La tendencia a la especialización ha producido también un creciente problema de incomunicación entre los diferentes especialistas de la historia, ya que cada día resulta más difícil para el no iniciado comprender o apreciar laboriosos trabajos, expresados en críptico lenguaje, cuando no en fórmulas matemáticas, o referidos a puntos que apenas suscitan el interés de un reducido número de investigadores, a menudo comprometidos en citaciones recíprocas.

Creemos que la especialización proviene de una concepción de la Historia —la vida pasada y presente en sus distintas manifestaciones de creación o de destrucción cultural— abiertamente influida por las ciencias de la naturaleza, en las cuales es necesario llegar al nivel

---

<sup>2</sup> Toynbee, Arnold, *Estudio de la Historia*. Buenos Aires, 1951, 24.

molecular para, desde allí, descubrir los principios que ordenan y hacen posible el funcionamiento del organismo, sistema o estructura.

Una comprobación respecto a la dependencia de las ciencias de la naturaleza puede intentarse a partir del estudio del vocabulario histórico; con no poca sorpresa nos encontraremos con que, en la mayoría de los casos, el vocabulario usado por los historiadores para escribir la *historia* procede en elevado porcentaje de la obra de los científicos de la naturaleza. El historiador ha sido, pues, generalmente incapaz de crear su propio vocabulario o de redimirlo de la impronta científica original para adecuarlo convenientemente a la fidelidad que requiere la descripción comprensiva de la acción de los hombres en el tiempo, o bien lo ha aceptado porque conscientemente quiere reducir el proceso histórico a una mera complementación de la actividad zoológica de la especie.

Esta evidente seducción operada por las ciencias de la naturaleza ha llevado, sin mayor trámite, a una traslación metodológica al campo de la historia, suponiéndose que, en el mejor de los casos, tendría que rendir iguales frutos que en el campo de la naturaleza.

Pero todavía hay otra actitud mental decimonónica que, sin duda, tenemos que considerar como antecedente para comprender la crisis a que está enfrentado el trabajo del historiador; pensamos en el materialismo que tan alto crédito logró en el siglo pasado; pues bien, la filosofía materialista aplicada a la historia justifica una investigación que, por cierto, resulta muchísimo más atractiva para el historiador que no tenga una sólida base conceptual o que teniéndola —lo que es peor— cree que una cosa es aquello en que cree y otra cosa la función del historiador. Nos atrevemos a sostener que es sólo el compromiso que se da actualmente entre tal filosofía y posiciones políticas bien determinadas, lo que le resta el concurso de un número aún más crecido de historiadores, entre los cuales habría —como ya los hay— muchos cristianos, que prácticamente en nada se distinguen de sus congéneres materialistas, como tan descarnadamente lo denunció Papini en su *Carta a los historiadores*. La razón que explica esta confusión actual es muy humana: la investigación histórica así entendida es más fácil, más rentable y, por lo mismo, más seductora; en efecto, el material siempre se encuentra a la mano, los resultados son más inmediatos, los errores —en esa perspectiva— mínimos y, sobre todo, se consigue la impresión de que la aproximación a la maltraída verdad histórica es más categórica, comparada con una investigación que concede a la duda no sólo

lo su valor metodológico sino también una realidad constitutiva de este saber histórico.

La combinación de estos antecedentes es la que explica una concepción del hombre y de la historia en que el imperio de la legalidad pretende ser absoluto; en una palabra, nada podría escapar a la legalidad inherente a la materia y, de acuerdo con esto, la investigación histórica tendría que esforzarse también por descubrir cual es la legalidad que preside el curso de los acontecimientos. Ahora bien, para captar dicha legalidad es necesario disponer de muchas *muestras*; en consecuencia, si el historiador quiere conseguir la explicitación de tal presumible legalidad, debe interesarse por aquellos campos de la historia donde tenga la posibilidad de disponer de cientos, de miles de muestras que le permitan formular *su ley*... leyes sociales, leyes económicas... posiblemente... pero la historia, la compleja y contradictoria realidad del pasado, ni más ni menos que la de hoy ¿dónde quedó?, ¿quién vela por ella?, ¿dónde comparece?

Estas son, entre otras y en apretada síntesis, las tendencias que vemos lastrando fuertemente la historiografía contemporánea: cientifismo, especialización, materialismo; y lamentablemente cabe decir que, salvo contadísimas excepciones, apenas ha habido una posición digna que encare esta abrumadora actividad, a tal punto que ni siquiera los historiadores de la Iglesia, presumiblemente los más cristianos de los historiadores y hechos a la presencia del Espíritu, que sopla donde quiere, se han salvado, en general, de la subordinación a estas tendencias.

A esta altura, no podemos eludir por más tiempo una pregunta que consideramos de la más pura raigambre histórica, ya que descartarla sería tanto como aceptar que estamos próximos a un estado ideal y creer que se va a conquistar el Paraíso en este tiempo y en este espacio es además pecado contra la Historia. La pregunta simple y sencilla es ¿qué garantía tenemos de haber alcanzado la meta historiográfica?, ¿puede asegurarse que el tratamiento a que se somete actualmente la historia no requiere de superación sino a lo más de su afinamiento?

Afirmar lo anterior significaría ya no sólo una actitud muy poco histórica, como queda dicho más arriba, sino igualmente muy poco científica. En efecto, hoy día los verdaderos científicos están abiertos a una serie de actitudes muy poco *científicas*; hoy día, y desde hace algún tiempo, los científicos especulan, se dejan llevar por la imaginación y tratan de capitalizar la fantasía. Una vez más los científicos de

la naturaleza están señalando el rumbo que pronto —es de esperar— los historiadores comenzarán a tomar, cuando otra vez sigan el prestigiado derrotero de las ciencias.

Frente a la generalizada posición actual de los historiadores, no puedo menos que recordar estas lapidarias frases, que bien podrían proponerse como el necesario y ejemplificador epitafio de la laboriosa historiografía contemporánea:

“Lo que no palpáis, os falta por completo,  
Lo que no se calcula, os imagináis que no es verdad,  
Lo que no pesáis, carece de peso para vosotros,  
Lo que no amonedáis, os parece que no vale nada”<sup>3</sup>.

Corresponde, pues, intentar un esbozo acerca de lo que podría ser el papel que corresponde a la investigación histórica. En primer lugar recordemos que investigación proviene de *vestigium*, huella; se trata, a nuestro entender, de descubrir *en las huellas*, el paso del hombre, del tiempo, de las culturas, de Dios. Por cierto, todo lo que pasa deja una huella, a tal punto que la actitud más adecuada para encarar la historia es tener presente su rica y compleja realidad, en la cual encuentra cabida lo social y lo anti-social, y el yo y su misterio y, con él, el misterio del mundo. Con esto queremos decir que la investigación histórica debe esforzarse por conocer la *realidad* y no sólo la materia, recordando siempre que la realidad en su plenitud supera el intento más audaz por aprehenderla. Conviene insistir también en otro aspecto de la realidad histórica: nos referimos a la dosis de futuro que penetra y *sensatiza* todo pasado, en cuanto fue realmente presente. No se puede pues pretender conocer un pasado verdaderamente histórico —es decir, constituido por la verdadera realidad, la mensurable junto con la impalpable, la natural y la sobrenatural, la legalizable junto a la inefable, la que define y la que engendra tiempo— si no se posee de él una imagen anticipada que consulte la auténtica complejidad del pasado. Todo esfuerzo, en una palabra, es poco para llegar a la *historia* del pasado, y no hay, pues, un método exclusivo que pueda proclamar la definitiva conquista de la Historia.

Por último, nos parece que la investigación histórica así entendida deja de ser acartonada, erudita, hermética y egoísta, para abrirse, co-

---

<sup>3</sup> Thiess, Frank, *¿Dónde estamos hoy?* Madrid, 1960, 220.

nectarse y enriquecer al mundo contemporáneo; siempre hemos concebido la investigación en función de la docencia o, si se prefiere, de la *educación de la Humanidad*; sólo entonces adquirirá sentido el tremendo esfuerzo que exige el conocimiento del pasado. No podemos aceptar que tal investigación depare una mera satisfacción anticuarialista, y ni siquiera que, gracias a su actividad, reviva momentáneamente el pasado o parte de él, para volver a morir ahogado en tinta de imprenta y ser sepultado entre páginas de revistas que, en muchos casos, nadie —fuera de los especialistas— lee.

Pero antes de encararnos con este central problema, debemos aún apuntar un rasgo que cada día se insinúa con más fuerza como uno de los más característicos de la historia futura; se trata de lo que podemos denominar la *densificación del futuro*. La incorporación de continentes enteros a la historia, la explosión demográfica, la sacrosanta democratización, las posibilidades de conservación que refuerzan nuestra ingénita tendencia a la acumulación, todo conduce a un aumento en proporciones insospechadas del material histórico, a la vez que se afinan los métodos para usarlo. ¡Oh delicias de los historiadores futuros! Cuando pensamos en aquellas situaciones del pasado, para cuyo conocimiento dependemos de dos o tres lacónicos testimonios y recordamos las verdaderas *prestidigitaciones* que es necesario realizar para obtener una paloma que se nos escapa de entre los dedos, dejándonos la sensación de que apenas hemos rozado la Historia, pareciera justo exclamar ¡Oh delicias de los historiadores que nadan en la abundancia!... Pero no iremos a llegar —si es que ya no estamos— a una situación que corresponde a aquella en que los árboles no dejan ver el bosque y esto sin contar con la hojarasca, y ¡hay que ver qué hojarasca deja la historia de nuestro tiempo!

Limitándonos nada más que al ámbito de los testimonios gráficos, reflexione cada cual sobre los papeles que firma o en los cuales se da cuenta de su persona o de alguna de sus cotidianas actividades de acuerdo con las exigencias de la ubicua burocracia... calcule... archive... y verá fácilmente cuál es el futuro del historiador que persista en una adhesión incondicional a una concepción de la historia que prohija aquellos aspectos de la realidad, donde la abundancia de material permite la aplicación siempre fructuosa de una metodología *ad hoc*.

Si sostenemos que a la paciente búsqueda y correcta ordenación del material, debe añadirse, como indispensable coronación para que

haya historia, la adecuada comprensión de la trama y la explicitación del significado del proceso histórico, se destaca el papel que pasa a tener el historiador en la tarea de estudiar la historia y de comunicarla. Nada más elocuente, al respecto, que la siguiente afirmación de Marrou: "El valor del conocimiento histórico es en función directa de la riqueza interior, de la amplitud de espíritu, de la calidad del alma del historiador que lo ha elaborado"<sup>4</sup>.

La historia de Chile, como toda historia, necesita ser escrita por cada generación, pero para cada generación es igualmente válida esta exigencia de Marrou, en cuanto la historia en referencia es historia de una cultura, rica y compleja en su nivel, y que, por lo tanto, precisa de un hombre culto para ser sentida y comprendida en plenitud. El primer mérito historiográfico de Jaime Eyzaguirre, el que lo destaca y garantiza su vigencia, es haber sido un hombre culto.

Tal historiador, por supuesto, puede hacer un esfuerzo sensato por llegar realmente a lo *histórico* y no agotar sus fuerzas en tareas que fácilmente, y cada vez más, pueden ser encargadas a las máquinas. Por cierto que gran parte del trabajo que hoy día hacen muchos historiadores podría ser efectuado maquinalmente, como propiamente lo es aunque se efectúe manualmente; y no cabe duda que el historiador que quiera competir en este campo con las máquinas, está de antemano perdido. Vislumbramos, pues, una participación creciente de las máquinas en la ordenación y laboración primera del material; participación que será positiva en cuanto haya historiadores que utilicen el tiempo libre que les dejará el trabajo de las máquinas para la consolidación de su cultura y para su enriquecimiento espiritual y así lleguen a estar en condiciones de utilizar con criterios verdaderamente históricos los datos que les entreguen las máquinas.

Hemos hablado de llegar a lo *histórico*; pues bien, sostenemos que mientras un historiador no logre aclararse qué es lo histórico, indudablemente su trabajo quedará ubicado en el campo de lo accesorio sin alcanzar a lo esencial; se impone, por consiguiente, una depuración que, fundada en lo conceptual, cribe el material y exonere el trabajo del historiador de todo lastre innecesario. Ya una vez afirmamos que lo estrictamente histórico corresponde —según nuestro entender— a aquellas *resoluciones o decisiones*, ya sea en la recóndita intimidad del alma o en proclama de resonancia universal, que sean capaces de mo-

---

<sup>4</sup> Marrou, Henri-Irenece, *De la Connaissance historique*. Paris, 1956, 103.



dificar, acelerar o detener las *fuerzas profundas* o que bien van marcando el curso de una vida, porque, a veces, una *simple palabra* puede ser más reveladora que toda una serie de acontecimientos debidamente establecidos y concatenados<sup>5</sup>. También debemos denunciar como anti-histórica la tendencia a querer reducir el estudio de la historia a una investigación exclusiva del presente y de lo contiguo, tendencia que lleva a la mutilación del ser histórico, hecho de pretéritos, plasmado en pasados y fecundado en lejanías.

Apenas unos cinco mil años de historia documentada, nos permiten, todavía, pero con creciente dificultad, entusiasrnarnos en la investigación y en la docencia de una historia pormenorizada, pero lo que propiamente *es* la historia, lo fue ayer y lo será mañana, y este mañana puede hacerla crecer más allá de lo que, en estos momentos, sospechamos; es para ese mañana, que ya es parte de nuestro hoy, que debemos pensar qué *es* la Historia; investigarla en lo que ella *es* y no engañarse con *historias* que no son otra cosa que excrecencias de material acumulado que, por lo demás, nunca fue histórico.

Por último, no podemos silenciar un pensamiento que revela el mayor engaño a que nos ha conducido la historiografía actual; se cree que la preocupación por la conservación de testimonios del pasado, que la copiosa e indiscriminada producción historiográfica contemporánea, garantizan una vinculación con el pasado, enriquecen nuestro ser histórico; en cambio, nos parece, muy por el contrario, que toda esta actividad plantea acaso un debilitamiento en nuestra relación *natural* con la Historia. ¿No se presiente acaso que hoy día es menor el número de gente a quien interesa la Historia, y que significa menos para nuestra vida el conocimiento que podemos tener del pasado? Si algunos datos se recogen, nada garantiza que haya un auténtico *recogimiento* frente a la Historia, única posibilidad para que, dejando de ser nervante información, se transforme en iluminación, estímulo, compromiso y esperanza y, a la larga, nos transforme haciéndonos sentir más hombres al adquirir conciencia de nuestra radical historicidad.

---

<sup>5</sup> Herrera Cajas, Héctor, *El presente, tiempo de la acción*, Mapocho I, 1, Santiago, 1963; sobre las *fuerzas profundas* véase Renouvin, Pierre - Duroselle, J. B., *Introduction a l'Histoire des Relations Internationales*, Paris, 1964; sobre la *simple palabra*, véase Goguel, Maurice, en *Revue d'histoire et de philosophie religieuses*, XIII (1933), 420.

Vivimos, y si es así, a Dios gracias, los momentos del gran desengaño histórico. De ahora en adelante y tal como antaño, sólo será historiador el que le hable —como Eyzaguirre sabía hacerlo— a la conciencia de sus contemporáneos para ayudarlos a entrever, en medio de la confusión del pasado y la no menor del presente, el sentido de la Historia y el papel que a cada uno nos corresponde asumir para hacerlo efectivo.